

# MI VIDA, UNA MENTIRA.

Blanca Faure



# Capítulo 1

## MI VIDA, UNA MENTIRA

¡Mi vida ha sido una mentira! Esa voz se afincó en mi cabeza, enmarañándose como un eco en mi inconsciente, atormentando mis despertares, mortificando el reposo de mis noches. Todo en lo que había creído, lo que me sustentaba, era papel mojado que se descomponía con tan solo mirarlo. Estaba desorientada, con los pies suspendidos en el aire, como un astronauta que ha perdido su nave espacial.

Me enseñaron muy pronto que el cumplir con lo que se esperaba de mí, no era una opción sino el único camino posible. Mi madre murió al darme a luz, y mi padre lo era todo para mí, yo era el centro de su vida y su único consuelo. Poseíamos tierras y a puro de trabajar mi padre había atesorado una no desdeñable fortuna, mi infancia, como era presumible fue despreocupada y feliz.

Sí, yo era la princesa de este cuento y el viejo caserón mi castillo. Disfrutaba siendo el centro de atenciones y el manantial de alegría de todos los que me rodeaban. Nunca eché de menos a mi madre, no se puede añorar lo que nunca se ha tenido. Además, mi "nani" Graciela, me consentía, me adoraba y se desvivía para que yo fuera dichosa. ¿Cómo no iba a serlo?

Cada mañana mi padre me despertaba, abría el balcón de mis "Reales Aposentos" y divisando con orgullo los campos de olivos me susurraba: "Todos estos árboles son tuyos, más allá del horizonte, hasta casi llegar al sol". Entonces me abrazaba con la ternura de quien ama de verdad.

Si los recuerdos tuvieran un color, serían amarillos como la luz del verano. Santiago, el hijo de Graciela, siempre estaba pendiente de "su enanita", si me veía aburrida o contrariada me comentaba: "Elena, prepara la bici, esta tarde vamos a coger moras y a pescar en la alameda del río". Tenía casi cuatro años más que yo y me cuidaba como un hermano mayor, nada malo podía sucederme junto a él. Después de atiborrarnos de moras, Santiago se mofaba de mí por los churretones de zumo bermellón que lucían mis mofletes. Seguidamente preparaba los aparejos de pesca, y yo me tumbaba sobre la hierba sin zapatos y mis pequeños pies se divertían atrapando mariquitas u hormigas con los dedos. Cuando me cansaba me entretenía componiendo un ramo de amapolas para Graciela. Antes del anochecer, tomábamos nuestras bicis y regresábamos a casa con las moras sobrantes, el ramo de flores y algún pescado para la cena.

El tiempo pasa más deprisa de lo que somos capaces de asumir. Mi padre había diseñado para su única hija, una vida perfecta, llena de comodidades y sin imprevistos. Así que abandoné pronto la aldea donde

crecí para estudiar una carrera. Me desilusioné cuando Santiago no quiso venir a despedirme, le dolía mucho que yo me fuera, pero creo que le hirió más cuando en una tonta discusión le grité que yo no pertenecía a este lugar. Abracé con calidez a Graciela, y le obligué a prometer que guardaría ese abrazo sólo para él.

La ciudad no tardó en cautivarme, era toda una cascada de experiencias por descubrir. Cambié el sol por las deslumbrantes luces de neón, los verdes olivos por los semáforos tricolores, la magia de los cerros por los altos edificios, la tierra de los caminos por el calor del asfalto, la paz del silencio por el excitante ruido de lo que nunca descansa. Sería injusta si no confesara que al principio fue algo duro, pero pronto me acomodé a mi nueva vida, a las prisas, a la bendita independencia. En el Colegio Mayor donde residía conocí a Raquel, nos hicimos amigas al instante. Era una chica rubia y atractiva, de enormes ojos azules, pizpireta y resuelta, que me guió de la mano como a un ciego y me descubrió todos los mundos y submundos de la gran urbe. En una de las fiestas a las que asistimos conocí a Enrique, el que fuera mi gran amor. Su amigo Pedro se perdió entre risas y alcohol con Raquel en algún recoveco del apartamento mientras él permaneció en un rincón observándome con su enigmática mirada y esa sonrisa tímida que me conquistó por completo. Se acercó a mí, enseguida congeniamos, era un chico serio, sabía lo que quería y no tardamos mucho tiempo en comenzar a salir.

Me avergüenza confesar que creía en el amor, en el sentido más "ñoño" de la palabra. Supongo que las películas americanas de los años sesenta dañaron de modo irreparable mi conciencia de la realidad. Jamás pensé que las mariposas que sentía en el estómago con Enrique, eran el resultado de un proceso químico, de un baile de neurotransmisores, o de una necesidad biológica.

Cumpliendo con el guión de mi padre, y para su tranquilidad, a los veintidós ya tenía oficialmente un novio "con posibles". Le encantaba presumir de la sólida posición social de mi novio, contar que era hijo de un político prometedor a quien todo el mundo adoraba. Enrique estaba empeñado en formar una familia, quizás lo deseaba también yo. Así, que me dejé llevar por un esquema vital impecable, trazado geométricamente con escuadra y cartabón, sin fisuras. La vida era como tenía que ser, planeábamos nuestro futuro juntos y seríamos la familia perfecta, hasta fantaseábamos con el nombre de nuestros hijos venideros.

La vida no se deja encorsetar, es injusta y caprichosa y cuando menos lo esperas, golpea fuerte. ¡Mi padre murió en un fatal accidente! Lo único que recuerdo de ese día es el frío que moraba en mi cuerpo y lo aturrido que quedó mi corazón. Enrique se apresuró a abrazarme y gracias al calor de su cuerpo mi alma no se congeló para siempre. Me calmó, me aseguró que no debía preocuparme por nada, ahora mi familia era él, no necesitaba nada más. Me olvidé por completo de mi castillo y de mis

olivos, era demasiado doloroso volver y recordar y yo una perfecta cobarde. Después de cinco años de relación nos casamos, era lo que debíamos hacer.

Raquel siguió con sus fiestas, con sus flirteos y me echaba en cara lo aburrida que me había vuelto desde que me había casado. No le hacía demasiado caso, siempre había sido un poco "cabeza loca". Pasaba semanas con nosotros "recuperándose" de sus desengaños amorosos, o simplemente porque decía que éramos su única familia. En ocasiones debo admitir que nos incomodaba su presencia, pero era mi amiga.

Mi matrimonio era ejemplar, así lo sentí al menos los dos primeros años que pasamos en ese piso del centro de la ciudad, herencia de mi padre. Al cabo de un tiempo comencé a percibir sensaciones extrañas que me obligaron a descender de la nube de algodón de azúcar en la que vivía. Nuestros encuentros sexuales eran a pesar de previsibles y cómodos, frecuentes, y hacía un tiempo que me rehuía. Quise quitarle importancia, achacándolo al estrés del trabajo. ¿Quizás no me encontrara lo suficiente atractiva? Lo descarté, modestia aparte, una muñeca morena de pelo azabache y ojos negros como yo, no pasa desapercibida, mi encanto estaba fuera de toda duda.

Una tarde mi vida dió un triste giro para siempre cuando los sorprendí en nuestra alcoba. Raquel, mi mejor amiga y Enrique fornicaban igual que dos conejos, como si no hubiera un mañana, en una atmósfera espesa y húmeda de sudor y gemidos mudos, de pecaminosa lujuria. Se extinguió la llama que iluminaba mis ojos y mi alma se deshizo en migajas. Mi marido poseído por la histeria, lo resolvió con un par de humillantes bofetones. Sus excusas eran patéticas: "Debíamos seguir juntos porque me quería y porque sería un lastre para su carrera política separarse". Yo encajaba como la última pieza de un puzle en su turbulento universo, la guinda que se reserva para adornar un pastel.

Raquel, por su parte, no sintió el más mínimo rubor. Se pavoneó en silencio de su irresistible sensualidad con destellos de sonrisas maliciosas que despertaron mi instinto asesino más primario. Sentada con desvergüenza en el lado de mi cama, se vestía con premeditada parsimonia, sin ninguna prisa. Yo fijé la mirada en mi camisón, testigo mudo de la deslealtad, que asomaba grotesco bajo la almohada sin entender nada. Tuve que concentrarme en un titánico ejercicio de autocontrol para no matarlos, i hubiera podido hacerlo!

Desfallecí. Todo mi futuro arruinado en dos segundos. Había perdido a una amiga, un marido, una futura familia, unos hijos, un "envejecer juntos", un estilo de vida, una situación económica desahogada, un destacado puesto en el orden social. Mi vida era un verdadero fraude, sin un esquema que seguir, sin mi padre. Menos mal que ya no vivía para verlo, no hubiera sabido cómo explicárselo. Lo eché de casa, hay añicos

tan diminutos que no se pueden volver a pegar.

Después de una depresión que duró al menos seis meses, en la que los estrangulaba una y otra vez en mi imaginación, los apuñalaba en mis sueños, en la que no podía pensar en otra cosa más que no fuera vengarme, paso a paso superé todo el rencor y fue entonces cuando renací. Tomé por instinto la estrafalaria decisión de volver a mis raíces, padecía el síndrome de la "tristeza urbana" y deseaba regresar a mi pequeña aldea, aún sin comodidades y apartarme de esa jungla que me había partido por la mitad, como un rayo a un árbol seco en una noche de tormenta. Me desesperaba pensando que quizás ya era tarde, ninguna familia me esperaba, estaba sola, me sentía sola.

Al abrir la verja del jardín que accedía al viejo caserón, un olor familiar a musgo y a madera húmeda impregnó mi cara, introduciéndose en mis fosas nasales, recorriendo mis venas, despertando imágenes dormidas. El aspecto del interior de la casa era desolador, mis recuerdos infantiles la tenían presente preñada de vida, abarrotada de obreros que entraban y salían por doquier. Visualicé con reconfortante cariño a Graciela acercándome una jícara de chocolate a la cama con pan frito, un domingo cualquiera.

La pintura descorchada dejaba entrever abiertamente el adobe y el salitre de las paredes, las telarañas habían conquistado todas las habitaciones, y una niebla blanquecina de polvo se había posado sobre los muebles de madera noble. A pesar de esta desolación, me serenó comprobar que aún permanecían colgadas en las paredes las fotografías familiares, los trofeos de caza de mi padre, que las alacenas aún conservaban intacta la vajilla de porcelana, aguardando renacer a un nuevo esplendor, que el gramófono de mi abuela, con su dorada elegancia, reinaba en un rincón del comedor dispuesto a sonar una vez más.

Santiago era ahora el capataz de la finca desde que mi padre murió. Lo busqué, encontré a un hombre rudo, altísimo y fuerte, con el pelo largo y descuidado. Nada quedaba del niño, ni del adolescente que yo conocía, sólo su parquedad de palabras.

—¡Santiago!—le grité —¡ya estoy aquí!—

La tarde era muy calurosa, giró su torso, sin camiseta, perlado por el sudor y me sonrió de medio lado, pero no mostró ningún otro sentimiento al verme, su semblante permaneció serio, yo diría que incómodo. Me invitó con un gesto a la casita anexa donde vivía con Graciela desde niño y me ofreció una cerveza muy fría que acompañó con unas aceitunas de nuestros olivos aliñadas por él mismo.

—¿Alicia, por qué has venido? ¿Qué es lo que quieres hacer con la finca. Tienes cada mes tu cheque con los beneficios. De pequeña a todas horas martirizabas con que un día te irías y no volverías más. Siempre te has quejado de que no pertenecías a este lugar.

Me sorprendió tanto su aspereza como su locuacidad, no eran habituales en él. Sin embargo, lo que más me estremeció fue la dureza de su mirada, por más que los buscaba no podía encontrar sus ojos.

—¿Y a dónde pertenezco Santiago, lo sabes tú?, si lo sabes dímelo. Estoy perdida, no sé dónde ir.

Le pasmó mi sinceridad, jamás le había confesado nunca nada, y menos una debilidad. Comencé a llorar, sin apenas inmutarse, el talante de Santiago fue enterneciéndose por momentos, terminando en un amago de abrazo sin apenas roce, suficiente para empaparme de su energía. Quise perderme en esos brazos poderosos en busca de protección como cuando era niña, pero podía palpar su desdén y una barrera de recelo entre los dos.

—¿Entonces, has venido para quedarte? ¿Estás segura, o es una locura de señorita de ciudad?

—Si, no se me ocurre otro sitio mejor. Por cierto ¿Dónde está Graciela?

—Mi madre murió hace dos meses. Estaba muy enferma.

Me angustié hasta el punto de no poder contener el llanto. Nadie me había informado de su enfermedad ni de su muerte y lo peor, yo me había despreocupado de ella. ¿Qué me quedaba para comenzar? Sultán apareció en el momento preciso, meneando la cola, con sus ojos legañosos, sordo y casi ciego. Tenía ya catorce años, se movía con gran esfuerzo, pero agradecí su bienvenida sincera. Lo abracé, como quien abraza sus recuerdos.

Al final sintió lástima por mí y se comprometió a ayudarme con la casa, en un mes estaría habitable. Sacó de un armario ropa de cama, unas toallas y me acomodó en la habitación más decente. En dos días, comenzó a llenarse la casa de obreros, carpinteros, pintores, ruido, voces. Como prometió, en apenas treinta días, el viejo caserón comenzó a respirar vida.

Me despertaba con el aire fresco que se colaba por la ventana acariciando mi rostro, con el agradable roce del algodón de las sábanas sobre mi piel, olían a jabón, ese aroma me evocaba tantos recuerdos! Parecía que el tiempo se había detenido en el cuadro de esos parajes, que todos los personajes de mi niñez hubieran sido “teletransportados” a otra dimensión. Seguía siendo el mismo lienzo, el

mismo sol, los mismos olivos, la misma paz. Por la mañana, daba largos paseos recorriendo mi finca, olía las flores, refrescaba los pies en el río, retozaba sobre la hierba. Descubrí, que todos mis sentidos habían sido anulados para vivir una vida que en realidad yo no había elegido, que asumía feliz sin cuestionarla. Santiago se atrevió a confesarme sus proyectos, hablamos de la posibilidad de una granja escuela, de un picadero de caballos para los turistas, admiraba su entusiasta vitalidad cuando hablaba de esta tierra. Poco a poco fuimos destruyendo el muro de reproches que el tiempo y la distancia había construido entre los dos, y comenzaron a aparecer las risas, las palabras amables, los gestos bonitos.

Ese atardecer me sentía especialmente sola y triste. Me acerqué a mi rincón preferido, la arboleda junto al río, y al descubrir mi reflejo difuminado en el agua estallé en llanto. Necesitaba olvidar, perdonar completamente, redimir mis pecados, encontrarme, volver a sentirme la princesa de otro cuento. El sol se escondía entre las hojas de los árboles y el cielo mostraba pinceladas anaranjadas en el horizonte, cuando la presencia de una sombra se acercó a mi espalda.

—¿Qué te importa lo que me pasa Santiago?

—Puede que sí me importe.

Quiso posar sus toscas manos sobre mis hombros para consolarme, pero algo se lo impedía, ni siquiera me rozó. Al girarme topé con su aliento, con sus ojos limpios, con su pelo empapado en sudor, ocultando parte de su rostro. La hierba estaba fresca, olía a vida. Fue asombroso y reconfortante como esos rudos brazos me tomaron en volandas para posarme finalmente sobre el suelo con la delicadeza de lo sagrado. Tumbados sobre la hierba, su mano rozó la mía y la prendí. La noche descubrió las primeras estrellas, callados, respirándonos, sintiéndonos, sólo se oía el murmullo del río al rozar con las piedras y un grillo que se empeñó en ofrecernos una serenata de verano en do mayor. Comprendí que había abandonado mi verdadera vida en ese mismo punto, y en ese instante debía retomarla.

Santiago giró su cara hacia mí, palpó con su dedo pulgar mis labios entreabriéndolos. Acarició cada punto de mi cuello y de manera imperceptible comenzó a besarme. Sus manos huesudas recorrieron todos y cada uno de los pliegues de mi piel. Yo respondí con un escalofrío que encendió mis sentidos y me cobijé en el calor de sus brazos. En esa santa quietud permanecemos dormidos hasta el amanecer.

Al despertar besó mis ojos amparando mi cabeza bajo su barbilla. Mientras yo descansaba en su pecho y lamía la sal de su piel, me susurró

al oído con voz quejumbrosa:

“ Te he estado esperando siempre, por favor no vuelvas a marcharte”.